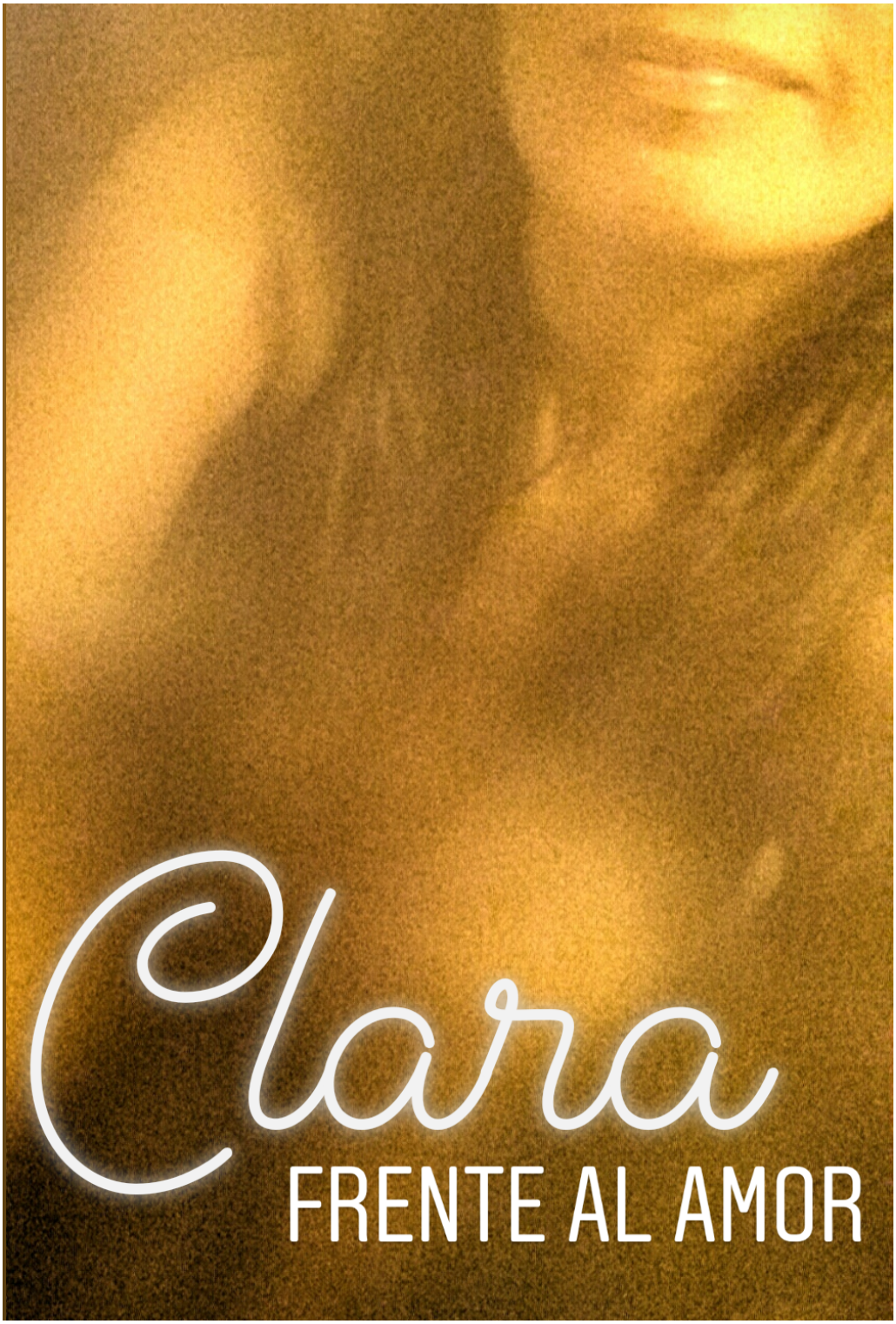
Clara frente al amor

Marce Elizondo



Capítulo 1

LO OCULTO

El corazón de Clara era un misterio que ni ella misma conocía. Aún cuando el amor de un hombre la había alcanzado varias veces en la vida, ella no estaba segura de haber sido recíproca. Justo ella, que profesaba el amor en todas las cosas y que amaba profundamente la vida, confundía con frecuencia casi sistemática, el amar del querer, y en esa confusión se ilusionaba fácilmente con la mínima mirada de un hombre.

No era buena planificando, más bien iba por la vida navegando a vela, y aunque se la veía perder el rumbo a veces, tenía esa cuota de valentía que la sacaba a flote, siempre enriquecida.

Era blanda, con esa blandura que te da una mente abierta y un corazón capaz de comprender cualquier mirada, cualquier sentimiento. Era dulce, aunque jugaba con frecuencia a mostrarse parca y hostil. Era visiblemente romántica pero terrenal en la intimidad. Se la veía fragil, y a veces hasta indefensa, pero era en cambio una mujer muy fuerte, por lejos, más fuerte que muchos hombres.

Clara era simple y compleja a la vez, no tenía vueltas con la gente. Sin embargo, había un laberinto dentro de ella. Y aunque a esta altura de la vida era consciente de cada paso que había dado, de las batallas que había ganado y de los fracasos de los que había aprendido, sentía en su corazón una zona oscura, inexplorada, virgen de ser conquistada.

Capítulo 2

LA MIRADA

Cansada de mentirse, Clara se paró frente a él y forzó sus ojos, los abrió tan grandes como pudo, luego los cerró, los entrecerró y los volvió a abrir... Y de tanto esfuerzo, comenzó a ver. Poco a poco la imagen se hizo nítida. Lanzó un suspiro que la dejó sin aire, bajó los hombros, levantó la cabeza y asumió por fin su verdadera vista:

Ahi estaba él, parado frente a ella, serio, desalineado, cansado de correr y enojado con la vida. Tenía en su rostro una sonrisa forzada. La mirada perdida, retraída en otra cosa.

Clara sintió pena, pensó que era un hombre triste, que tal vez se había dejado el alma en el pasado, en algún pueblo, o en el mejor de los casos, la había perdido entre las sábanas de algún viejo amor no olvidado. Se dió cuenta que en él no había espacio para su amor, y se dió cuenta también, que ella había estado más ciega que él.

Cerró otra vez los ojos, se mordió los labios y se lamentó un poco. Luego se limpió una lágrima con las manos, respiró profundo y volvió a mirar con los ojos más inmensos que antes. Se sintió completa, dió media vuelta y se fue.

Capítulo 3

LO VULNERABLE

Se levanto temprano pero no había descansado. Por el contrario, había tenido una noche amarga, y así, sin haber pegado un ojo, salió a caminar.

Normalmente hubiera disfrutado de esa caminata por el barrio, a ella le encantaban esas calles, conocía cada casa, cada entrada, había soñado mil veces con tener uno de esos jardines, con sus plantas y con sus aromas, pero ese día era gris para Clara. No había flores ni perfumes que la cautiven, se sentía despojada por dentro, lastimada y dolida, y es que como tantas otras veces, el enojo se le había pasado en un instante y había caído enseguida en esa sensación de desesperanza que la hacía sentir cerca de la muerte.

Mientras caminaba se hacía mil veces la misma pregunta y las mil respuestas que encontraba no le quitaban ni un poco el peso que llevaba. Por el contrario, se cargaba cada vez más de culpas y razones para desvalorizarse.

Clara era una mujer fuerte y en esa fortaleza sabía que esta sensación pasaría muy pronto, pero sabía también, que él la había tocado en su punto más débil.

Capítulo 4

LA ILUSION

Después de una merienda rápida salió resignada a hacer compras. Había tenido días complicados y su heladera vacía pedía llenarse de algunos colores. Tomó ese deber con desgano y tenía muy claro no demorarse mucho en la tarea. Sabía lo que quería y en una rápida recorrida llenó el carro hasta la mitad con sólo lo que necesitaba. Se dirigió a las cajas buscando la más rápida, miró a las cajeras, trató de evaluar sus tiempos y haciendo cálculos, finalmente, eligió la que creyó más apropiada.

Clara tenía un andar distraído, se movía en la calle sin prestar atención a la gente. No sabía bien por qué, tal vez para evitar llenarse de historias que leía en las miradas de esa gente cuando se dedicaba a observarla.

Llegó a la fila, frenó el carro, revisó su cartera, sacó algunas cosas y recién cuando estuvo preparada levantó la vista. Delante de ella la sorprendió un físico hermoso. Era un hombre jovén, no podía ver su cara, pero la fortaleza de su espalda la hizo imaginar por lo menos un abrazo intenso. Mientras él charlaba con la cajera, no podía dejar de observarlo, el paisaje que le ofrecía era perfecto. Trataba de imaginar su rostro pero el perfil y una gorra le dejaban en sombras la nariz y los ojos.

Después de unos instantes, el muchacho se giró hacia donde estaba Clara, y al hacerlo, se acomodó la gorra y la luz entró en su mirada. Sin saberlo, le confirmó a ella toda la belleza que había supuesto. Ella intentó disimular pero él, al descubrirla, le regaló una sonrisa luminosa, colmada de simpatía.Vencida, no pudo esconder el temblor que le provocó, y tímida como era a veces, bajó rápido la cara sin poder apagar sus mejillas.

El volvió a mirar al frente, y ahí por fin, Clara respiró aliviada. La profundidad de esos ojos frescos y azules le dijeron que estaba lista, que la historia que la había dejado herida empezaba a cicatrizar y que su corazón tenía ganas de volver a amar.

Capítulo 5

EL AMOR ES UNA CONVERSACION

Terminó de leer la última línea e inmediatamente se puso triste, sintió ese extraño vacío en el cuerpo. Quiso descifrar lo que le pasaba pero el malestar no la dejaba pensar, se sintió rara y confundida. Eran comunes en ella esta clase de momentos, ella los conocía y sabía que éste era el anticipo físico a una respuesta que esperaba.

Se tomó un momento en el sofá pero enseguida se dirigió a la cocina para prepararse un té. Encendió el fuego y en ese instante de luz supo lo que pasaba. Clara había estado a punto de hablarle, pero no se había atrevido a romper el silencio por temor a ser lastimada, ella sólo quería decirle que en esa distancia lo había soltado, que lo quería libre y que no quería someterlo a tener que dar excusas.

Clara supo al encender ese fósforo, que otro fuego no encendería nunca, que él no la quería. Aún así, sonrió.

Capítulo 6

BOICOT

Amaneció el miércoles y Clara se despertó malhumorada. El día anterior había sido extraño y no podía evitar sentir que algo estaba muy mal.

El, que con destreza había atravesado cada una de sus defensas, ahora se alejaba, dejándola vacía de razones. Y aún sangrando cada silencio, Clara entendía que no cabía culpa en él, que ya había visto exiliarse a muchos, tantos como para entender que existía algo metódico, que su corazón o su mente eran el asesino serial de todo lo que la acercaba al más primitivo de sus instintos: su deseo desesperado de amar y ser amada.

Capítulo 7

UNA LUZ

Clara se había tomando un tiempo para ella. Viajar le hacía bien y lejos había quedado esa rara sensación de no saber en que dirección quería continuar. Se había dado cuenta que tantos desencuentros debían tener algún sentido, y que no era tan grave, si pensaba en lo mucho que había crecido en estos tiempos.

Su mochila se hacía más liviana a medida que el viaje avanzaba, y es que iba dejando algo en cada lugar, en cada persona, en cada amigo que hacía. Despojada de equipaje iba soñando con otros destinos. Le había tomado el gusto a moverse sola por pueblitos viejos que eran nuevos para sus ojos. Viajando podía hacer de cada día una nueva aventura, ser niña cada mañana para sentirse llena de experiencias por la noche.

Y así, inmersa en la incertidumbre que implicaba vivir sin un plan más lejano que las próximas horas, fue como lo conoció. Chocó con él un lunes. Volátil como siempre, no reparó en los detalles, simplemente le resultó interesante. Fue una charla breve, pero con el beso que le dió al despedirla la dejó pensando en volver a cruzarlo. No se parecía al hombre que había imaginado. Sin embargo, sintió ganas de conocerlo.

Capítulo 8

EL ENCUENTRO

Mientras manejaba se preguntaba si la cita tendría sentido. Dudaba y se repetía que él no era el tipo de hombre que ella hubiera elegido. Imaginaba, prejuiciosa, una lista de defectos por los que suponía, el café duraría un rato y pronto estaría a salvo en su casa.

Estacionó y caminó llena de miedos al punto acordado. Llegaron juntos, perfectamente sincronizados a la puerta del bar. Se reconocieron, y tímidos, se saludaron y entraron. Se sentaron frente a frente, sonriendo. Una extraña confianza hizo que cambiaran el café por cerveza y junto con los primeros tragos, comenzaron el ritual.

Se hicieron a su turno las preguntas de rigor. Mientras él hablaba entusiasmado, ella recorrió su rostro, su cuello y alcanzó a ver parte de su pecho a través de los primeros botones desabrochados de la camisa. Era simpático, y a los pocos minutos se estaban riendo de la extraña situación.

La charla paso de lo banal a lo importante, se contaron sus historias y se rieron también de sus tragedias. El tiempo pasó y de pronto era casi la medianoche. Decidieron que era tarde, pagaron la cuenta y salieron.

El la acompañó hasta el auto, y justo antes de que escape, la besó. Ella puso freno clavándole la yema de los dedos en el pecho, ese pecho que antes había espiado. No se dejó abrazar, pero él redobló la apuesta y le mordió los labios. Vencida, deslizó sus manos y las dejó caer.

Clara huyó esa noche, pero sabiendo que había perdido.

Capítulo 9

LA RUTA

Había mal aprendido de su abuela que la debilidad era un defecto y mostrarse vulnerable, casi un pecado. A pesar de los golpes seguía convencida que hacía lo correcto, que ser fuerte, la hacía más mujer que todas. No podía ver que los que la amaban solían frustrarse por no lograr desarmarla.

Con él no fue distinta. La desnudez no fue completa y sus corazones apenas se rozaron. La fascinación les duró unos meses y aunque él se esforzó por retenerla, para Clara, el final fue puro aprendizaje.

Hubiera querido frenar despacio pero su alma era ansiosa, así que aminoró la marcha lo más lento que pudo, hasta estacionarse sobre un montón de excusas, que le sirvieron para bajarse con menos culpa y seguir el camino sola.

Tenía mucho que andar, y aunque sintió que estaba en la ruta correcta, pronto se dió cuenta que aún no sabía a donde iba.

Clara caminaba, y mientras tanto, oscurecía.